

CAPÍTULO 10

Imagen del cuerpo/Cuerpo sin imagen: Un *anal-isis* *Queer* para una epistemología más acá del Falo

Ariel Martínez

Presentación

Durante el año 2015 el director de cine Eduardo Casanova da a conocer un nuevo cortometraje —denominado *Eatmyshit*—, protagonizado por Samantha, una joven con una característica física abyecta: tiene el ano en el lugar de la boca, y la boca en el lugar del ano. Casanova redobla la apuesta en el año 2017 incluyendo el personaje en su largometraje *Pieles*. Más allá de las intenciones del director, inclinado en mostrar la violencia social que se monta sobre las diferencias físicas, resulta de interés para este trabajo tomar la literalidad de las imágenes —ver anexo— como una alegoría que sugiere el despliegue de un vuelco epistemológico que trae consigo otra lógica (no fálica) capaz de desarticular y re-articular los marcos normativos desde los cuales ordenamos los cuerpos.

Introducción

El ano funciona como punto cero a partir del cual se puede comenzar una operación de desterritorialización del cuerpo heterosexual, o dicho de otro modo de desgenitalización de la sexualidad (Preciado, 2009, p. 171)

Son innumerables las críticas existentes a los discursos heteronormados en torno a los vínculos entre sexualidad y cuerpo. Tal vez por temor a tropezar con el esencialismo y el a-historicismo son menos numerosos los aportes que se aventuran a explorar tal vínculo echando mano a conceptos provenientes de la teoría psicoanalítica que muestran resistencia a quedar absolutamente subsumidos en el lenguaje. Como uno de nuestros objetivos en este aporte refiere al intento de imaginar nuevos entramados lógicos que no incrementen el falo, intentaremos enredar el entramado edípico. A diferencia del Edipo freudiano elegiremos el camino equivocado, afrontaremos el temor que nos suscita la amenaza al castigo y perderemos

el falo, pero nadie nos libraré de una satisfacción aún mayor, atravesar el muro del construccionismo social que protege al Padre para realizar usos eróticos alternativos del esencialismo y del a-historicismo... sólo para ver qué sucede.

Durante este recorrido exploraremos los sentidos, que aquí nos resultan convenientes, respecto a *Diversidad y Cuerpo*. Luego señalaremos la fuerte carga normativa que la idea de *Imagen del cuerpo* esconde. Una aproximación crítica nos permite advertir dos vertientes de tal constructo a partir de un doble abordaje, *identificatorio* y *erógeno* respectivamente. Una vez trazado el mapa del cuerpo heterosexual comenzamos con su *anal-isis*. Para ello se presta atención al *Ano* como sitio anatómico abyecto, pero, aún de mayor interés, como espacialidad virtual que entrafía una lógica, pulsional y muda, capaz de esbozar nuevos territorios corporales. Sólo a esta instancia podremos interrogarnos, aunque más no sea como tenue pregunta, acerca de la posibilidad de dar a luz —por el culo, por supuesto— un *cuerpo sin imagen*.

Diversidad y Cuerpo

Diversidad. No es difícil apreciar que, actualmente, la idea de diversidad circula ampliamente en los discursos teóricos de las Ciencias Sociales. En el ámbito académico, el término diversidad reúne referencias directas a cuestiones de etnia, género, sexualidad, religión, entre otros núcleos identitarios. Sin embargo, tal como ya ha sido señalado antes (Stryker, 2006), su utilización enmascara una lógica de La Diferencia, que arroja lo Otro bajo una única diferencia respecto al sujeto normativo de la modernidad. La diversidad se utiliza, en el mejor de los casos, descriptivamente y con el resguardo de lo políticamente correcto, pero en gran medida no se ha examinado en profundidad, en un plano epistemológico, y desde allí ha tenido poco impacto en la teorización de las ciencias sociales y humanas, al menos en el sentido que me interesa señalar en este trabajo.

Entonces, en el contexto de un orden socio-simbólico organizado en torno a lugares virtuales destinados a lo Uno (parámetro normativo desde el cual se ordenan las diferencias), y lo Otro (sitio que aloja la diferencia, siempre en función de lo Uno). Aunque con perspectivas filosóficas diferentes, tanto Simone de Beauvoir (2007) y Luce Irigaray (2009) han advertido el modo en que aquello opera, donde La Diferencia es organizada no sólo por la polarización propia del pensamiento binario, sino también por jerarquización de uno de sus polos. Entonces, la diferencia es desigualada (Fernández, A. M., 1992), y quienes se inscriben en aquel lugar virtual de la diferencia, la cual aloja a franjas poblacionales densamente pobladas que encuentran como destino simbólico la inferiorización, exclusión y patologización que la violencia de la norma ejerce contra posiciones subalternas.

Entonces, podemos preguntarnos: ¿es posible romper o quebrantar la inferiorización o la desigualación de lo otro en el contexto de un orden social que se entreteje a partir de estos binarios, donde un Sujeto modélico no examinado se impone como lo uno? La idea de

diversidad ¿refiere a una tematización, a un abordaje de la diferencia bajo una mirada tolerante? ¿La diversidad es un espacio virtual cuyo contenido son todas esas diferencias? De ser así la diversidad parece disolverse en los mismos términos normativos que encriptan La Diferencia. En este contexto proponemos pensar la diversidad como un horizonte teñido por el propósito de una resignificación radical de esta lógica de lo Uno y lo Otro, y que en el contexto de las categorías con las que contamos sólo puede configurar una suerte de vigilancia epistemológica capaz de denunciar la puesta en acción de La Diferencia.

Cuerpo. Como es sabido, el cuerpo es una categoría que circula ampliamente en las teorías feministas y en los estudios de género, aunque no siempre ha sido examinada explícitamente (Fernández, J., 2003). La perspectiva *queer*, sobre todo de la mano de Judith Butler (2007), ha colocado al cuerpo bajo examen crítico. El prisma foucaultiano a partir del cual Butler (2008) examina al cuerpo conduce a la autora a trazar una fuerte crítica a la clasificación en dos tipos con características naturalmente diferentes. Por lo tanto, desde su punto de vista, la diferencia sexual no es un dato de la naturaleza. Comprender el cuerpo, el dimorfismo sexual, no es un dato natural sino, más bien, una construcción discursiva, nos permite interrogarnos respecto a la posibilidad de delimitar aspectos del cuerpo que se localicen más allá, o por fuera, de tales discursos, esto es: de los *a priori*s epistémicos que gravitan en la lógica de la diferencia antes señalada. Todo parece indicar que la lógica de la diferencia se consolida bajo los efectos naturalizadores de los discursos que *con-forman* el cuerpo sexuado. Pues, si tomamos por caso el constructo moderno sexo/género, tan de cara a ciertos feminismos de la segunda ola, podríamos afirmar que el género es dicotómico porque el sexo es dimórfico (cuando el género es la interpretación del sexo, y existen naturalmente dos sexos, entonces la fuerza natural de esos dos sexos demanda, al menos, dos significados que recubran esa diferencia). Pero desde el ya conocido giro butleriano es posible afirmar que los cuerpos sufren una clasificación dimórfica producto de la operación de marcos de inteligibilidad genérica binarios. Y es de este modo que no podríamos hablar de diferencia sexual, fundamentada sustancialmente, más allá de los esquemas que actualmente organizan los cuerpos (Laqueur, 1994).

El desafío radica, entonces, en desencriptar el cuerpo, o los cuerpos, de la lógica de la diferencia. El dimorfismo sexual restringe otras narrativas en torno a eso que llamamos cuerpo y, así, restringe el despliegue de otras corporalidades y localizaciones subjetivas no cifradas bajo el binario que caracteriza el ordenamiento actual de los géneros, estratégicamente anclado en la naturalización del sexo y sus dos buenas formas. El supuesto que interesa instalar para su examen crítico refiere a que el cuerpo, codificado bajo un dimorfismo sexual naturalizado, opera como el principal obstáculo epistemológico para la proliferación de localizaciones subjetivas diversas. ¿Qué otros marcos epistemológicos nos guiarán en la reconfiguración de la diferencia en diversidad?

Imagen del cuerpo: lo identificador y lo erógeno

Varios los intelectuales que toman como foco de interés la categoría de cuerpo han notan un doble carácter del cuerpo: somos un cuerpo y tenemos un cuerpo, nuestro cuerpo es la plataforma desde la cual contemplamos al mundo, pero también es un objeto más dentro de ese mundo contemplado. Por otra parte, esta duplicidad entre ver/ser-visto alimenta una fuerte división moderna ampliamente conocida entre cuerpo y mente (Femenías, 2016), bajo el supuesto de que el cuerpo puede ser conocido y gobernado por la mente. Se supone que la mente puede apropiarse activamente del cuerpo bajo la potencialidad de imaginarizar, simbolizar, construir una imagen corporal ontológicamente diferente al cuerpo “real”. Se instala un sentido de cuerpo dócil que puede ser reflexivamente supervisado, disciplinado y capturado por la mente. Las aproximaciones teóricas localizadas bajo el arco de la modernidad suelen presentar la relación entre psique y cuerpo como entidades ontológicamente diferentes. Otras consideraciones, específicamente dentro del campo del psicoanálisis, esbozan el problema de separar ambos dominios y así sugieren que la psique no cobra existencia sin cuerpo, y que el cuerpo no es sin las tramas de esa otra dimensión no reductible a lo convencionalmente connotado desde el campo de la biología (Butler, 2008).

Paul Schilder (1958) fue pionero en connotar el cuerpo en términos de imagen. Desde su punto de vista la imagen corporal es fundamental a tal punto que la existencia misma de eso que llamamos cuerpo depende de la emergencia de su imagen. En este sentido Freud mismo afirma que “El yo es ante todo (...) la proyección de una superficie” (Freud, 1923/1979, p. 27). Incluso, la propia Butler (2008) recurre a Freud para pensar cómo las experiencias corporales ligadas al narcisismo con el propósito de señalar que no hay cuerpo antes de tales experiencias. Tanto el dolor como la hipocondría vienen a dar cuenta del depósito de libido sobre una parte del cuerpo que, podemos pensar, es inexistente antes de tal *catexia*. Es decir, no parece ser tan sencillo establecer una frontera entre heridas físicas y heridas imaginarias, dicho en otras palabras: la parte corporal y la partición fantasmática que la torna cognoscible son insolubles.

Afirmar, junto a Butler, que la construcción imaginaria de las partes corporales alienta el carácter insoluble del cuerpo físico y la psique. Butler no duda en retomar la cita freudiana señalada para sostener el surgimiento del yo como la proyección de la superficie del cuerpo y, de este modo, el cuerpo mismo representa las superficies del aparato mental. Sea como fuere, a criterio de Butler, la inscripción psíquica correspondiente a la idea de una parte corporal emerge simultáneamente cuando dicha parte del cuerpo se torna fenomenológicamente accesible, lo que confirma la imposibilidad de aislar claramente la parte del cuerpo y la fantasmaticación de la misma que le otorga su carácter de experiencia psíquica.

De este modo, para Butler, los contornos del cuerpo son sitios que vacilan entre lo psíquico y lo material. También, según ella, la anatomía depende y coincide con un esquema imaginario. Butler retoma la idea de Estadio del Espejo (Lacan, 1988) donde detecta el modo en que opera la idealización o ficción del cuerpo como totalidad y *locus* de control. Entonces, esta línea que

establece la proyección narcisista e idealizante en la constitución de la morfología del cuerpo permite subvertir la idea de la existencia de un *yo* previo a las identificaciones que participan en tal operación. Por el contrario, las identificaciones preceden al *yo* y la relación identificatoria con la imagen establece al *yo*. En síntesis, el *yo* no es una sustancia idéntica a sí misma, sino que es una historia sedimentada de relaciones imaginarias que sitúan el centro del *yo* fuera del *yo*. Es la *imago* externalizada que confiere y produce los contornos corporales. El espejo no se limita a reflejar un *yo* preexistente, sino que suministra el marco, la frontera, delineación espacial para que pueda elaborarse proyectivamente el *yo* mismo.

Como fuere, queda claro que para Butler el cuerpo es materia de significación. El cuerpo, como efecto, se materializa, nos dice la autora, cuando asume una *forma*. De aquí en más, para Butler es posible reescribir el imaginario corporal. Como Butler demuestra, siguiendo a Freud, el advenimiento del *yo* es correlativo a la proyección de una superficie corporal. El *yo* es, fundamentalmente, un *yo* corporal, y si afirmamos que no existe un *yo* previo a las identificaciones, entonces es posible afirmar que el *yo* y la morfología del cuerpo responden a un mismo proceso de formación. Afirmamos que los límites corporales se contornean en la constitución misma del *yo*. Esta instancia es capaz, a través de sus esquemas imaginarios, de proyectar las corporalidades que los marcos normativos que participan en el proceso de subjetivación habilitan.

Butler (2007) nos dice: “no se puede aludir a un cuerpo que no haya sido desde siempre interpretado mediante significados culturales” (p. 57), es decir: es imposible referir al cuerpo sin recurrir a un discurso normativo que lo interprete y, entonces, le otorgue forma. Nuevamente, el cuerpo, en su sentido anatómico, no constituye un referente original. El cuerpo adquiere existencia cuando es contorneado por límites, no naturales, que imponen una morfología, tampoco natural. El estadio del espejo anuda esta articulación del cuerpo bajo a una imagen. Imagen que, por todo lo dicho, no refleja una forma natural, sino un esquema normativo en acción.

Entonces, desde el prisma butleriano, los marcos normativos de género constituyen cuerpo. Por tanto, es imposible no adjudicar a la imagen del cuerpo (normativa) —preexistente al cuerpo que *con-forma*— el epicentro a partir del cual la norma opera al encriptar los cuerpos bajo el marco del dimorfismo sexual. La operación de los marcos epistémicos con los que discursivamente contamos instala y produce cuerpos que se tornan inteligible culturalmente sólo cuando son identificables con las dos formas normativas. A esta altura ya nos alejamos de toda comprensión del cuerpo. El cuerpo ya se diluye como una parte fija de la naturaleza, y sólo abierto a la posibilidad de inscripción cultural en su superficie.

Paul Schilder (1958) nos enfrenta con otro componente de la imagen del cuerpo. Deslinda “algunos principios concernientes a la estructura libidinal de la imagen del cuerpo” (p. 149) a partir de una particular lectura de la metapsicología freudiana. Al respecto, el autor se enfoca en la influencia emocional sobre el modelo postural del cuerpo. El autor presta especial atención al escrito freudiano *Introducción del Narcisismo* (1914/1979). Allí Freud realiza una afirmación de extrema relevancia para usos subversivos posteriores en vista a la posibilidad de territorializar el cuerpo con otras lógicas. Nos dice:

Llamemos a la actividad por la cual un lugar del cuerpo envía a la vida anímica estímulos de excitación sexual, su *erogeneidad*; y (...) por las elucidaciones de la teoría sexual, estamos familiarizados hace mucho con la concepción de que algunos otros lugares del cuerpo —las *zonas erógenas*— podían subrogar a los genitales y comportarse de manera análoga a ellos (p. 81).

A partir de allí, Schilder afirma que las tendencias libidinales alteren el valor relativo y la claridad de las distintas partes de la imagen corporal. El autor nos dice:

Lo que ocurre en una parte del cuerpo puede ser transferido a otra El agujero de los órganos genitales femeninos puede aparecer como una cavidad en otra parte del cuerpo, y el pene como algo tieso (...) en cualquier otra parte. Decimos entonces que hay una transposición de una parte del cuerpo a otra. Una parte puede ser el símbolo de la otra (p.150).

La cita del autor deja en claro el valor de los genitales como partes del cuerpo privilegiadas en términos de concentración de carga libidinal, por lo tanto, la transposición de los genitales y de su contenido libidinal posee la fuerza amenazante para quebrar el desarrollo de la sexualidad genital, por un lado, y la integridad del cuerpo, por otra parte. Que la libido se ancle en los genitales parece ser condición necesaria para que el cuerpo asuma sus límites —que, en términos butlerianos, cavilan entre la materialidad y la significación, y recobran las formas ideales proyectadas desde los marcos normativos— y, al mismo tiempo se torne inteligible para sí y los demás. En palabras de Schilder:

El desarrollo que va desde la pregenitalidad hacia la genitalidad también es de importancia capital para nuestra actitud hacia nuestro propio cuerpo. Nosotros experimentamos nuestro cuerpo como algo unido, como algo total, sólo cuando hemos alcanzado armoniosamente el nivel genital. La sexualidad genital plenamente desarrollada es, pues, indispensable para la cabal apreciación de nuestra imagen corporal (p. 152).

El anudamiento entre, por un lado, la imagen del cuerpo como unidad y totalidad y, por otro lado, la sexualidad genital plenamente desarrollada, sugiere cómo la asunción de los ideales normativos contenidos en la inteligibilidad de las buenas formas depende de la investidura de los genitales y, por lo tanto, su utilización heterosexualizada. El mismo Freud (1905/1979) sugiere en su tercer ensayo de una teoría sexual que al momento de la pubertad “las zonas erógenas se subordinan al primado de los genitales” (p. 189).

Estos anudamientos altamente normativos nos permiten sospechar respecto de los artilugios ideológicos que operan en la clausura de otras partes corporales, cuya sofocación

erógena son condición de posibilidad para la construcción de la imagen corporal y su “arquitecturación del campo libidinal” (p. 152). La idea de arquitectura a la que el propio Schilder acude resulta de especial interés puesto que, en nuestro contexto conceptual, nos permite pensar en las operaciones políticas que operan en la conformación y sexualización del cuerpo. En ocasión de reflexionar sobre el modo en que se produce la erogeneidad de las partes del cuerpo, Judith Butler (2008) detecta en las ideas de Freud cómo una parte del cuerpo es delineada como cuerpo a partir de la autoatención libidinal. Aún más interesante: el propio Freud postula al órgano genital en estado de excitación como prototipo por su capacidad de invocar la investidura libidinal necesaria para la configuración de una zona erógena/parte corporal. Sin embargo, ese órgano, o su carga libidinal -si es posible establecer tal diferencia- parece guardar la potencialidad de perder su lugar apropiado y proliferar en ubicaciones inesperadas. Pues Butler señala, al igual que Schilder, que la cartografía libidinal que traza Freud parece admitir la posibilidad de que las zonas erógenas se desplacen hasta, incluso, sustituir los genitales y comportarse de manera análoga a éstos. Al señalar esta posibilidad de desinvestidura libidinal de los genitales —prototípicamente masculinos—, Butler parece sugerir la posibilidad de deshacer “el proceso mediante el cual las partes del cuerpo llegan a hacerse epistemológicamente accesibles mediante una catexia imaginaria” (p. 99).

Judith Butler detecta un movimiento complejo en la escritura freudiana. Por algunos momentos todo parece indicar que los genitales son el efecto de una serie de sustituciones, por otros momentos Freud sugiere que las zonas erógenas hacen las veces de sustitutos de los genitales y, entonces, “los genitales masculinos de pronto son un sitio originario de erotización que luego se convierten en objeto de una serie de sustituciones o desplazamientos” (p. 100). Lejos de leerlo como incompatibilidad o contradicción, Butler sitúa este problema lógico como un síntoma que debiera ser interpretado como un deseo de Freud por entender los genitales como una idealización originadora, el *Falo* simbólicamente codificado.

La paradoja inextricable instala, por un lado, al falo como aquel elemento que comanda la erogeneización y la significación de partes del cuerpo y, por otro lado, el falo es postulado como un origen que permite regular las posibles ambivalencias durante el proceso. producida durante ese desliz. Claramente, sobrevuela una combinación de pene y falo,

Los genitales funcionarían necesariamente de manera doble: como el ideal (simbólico) que ofrece una medida imposible y originaria a la que deberían asemejarse los genitales y la anatomía (imaginaria) marcada por la imposibilidad de lograr ese retorno a tal ideal simbólico (Butler, 2008, p. 101).

Esta vacilación textual que envuelve a los genitales masculinos es el sello de la infranqueable diferencia entre pene y falo. Por otra parte, Butler observa las siguientes palabras freudianas: “podemos decidirnos a considerar la erogeneidad como una propiedad general de todos los órganos, y ello nos autorizaría a hablar de su aumento o su disminución en una determinada parte del cuerpo” (Freud, 1914, p. 81), afirmación que parece suprimir la primacía ontológica de ciertas partes del cuerpo en detrimento de otras. La erogeneidad

complejamente entrelazada con las partes corporales parece definirse, de acuerdo con Butler, por la plasticidad, la transferibilidad y la expropiabilidad. Entonces, nos dice Butler (2008), “el falo no es ni la construcción imaginaria del pene ni la valencia simbólica de la que el pene es una aproximación parcial. Porque esta formulación implica confirmar aún el falo como prototipo o propiedad idealizada del pene” (p. 102).

Como fuere, Butler muestra su agudeza crítica al vincular el Falo con un ideal normativo a partir del cual las partes del cuerpo se tornan fenomenológicamente accesibles. Por lo tanto, el Falo no corresponde exclusiva y necesariamente a ninguna parte del cuerpo, y su carácter transferible muestra la potencialidad de erogeneizar partes del cuerpo no previstas. La arquitectura libidinal del cuerpo, por tomas las palabras de Schilder, se articula en torno a una idealización productora que debe lidiar con la amenaza del fracaso y la ambivalencia. Y es esta amenaza la que alimenta un continuo retorno a la idealización en un vano esfuerzo por fijar el carácter transferible de lo erógeno. El Falo es una función idealizadora que prefigura qué parte del cuerpo habrá de ser zona erógena. Su propiedad dúctil o transferible irrumpe en la escritura de Butler con el carácter desestabilizador del falo lesbiana. Esta referencia, que en una primera instancia podría interpretarse como una representación espectral de un original masculino, pretende “cuestionar la producción espectral de la ‘originalidad’ putativa de lo masculino” (p. 104). Entonces, continúa Butler, “el texto de Freud podría interpretarse como la producción forzada de un ‘original’ masculinista” (p. 104). Los contornos erógenos proyectan un cuerpo configurado a partir de zonas privilegiadas que imprimen su unidad y consistencia. Sin embargo, su estabilidad resulta completamente tenue en cuanto a su condición imaginaria o proyectada. Finalmente, la pretensión de originalidad que guarda la fijación erógena en ciertas partes del cuerpo se constituye mediante la inversión y supresión de una serie de sustituciones producidas ambivalentemente.

Imagen del cuerpo *anal-izada*

Schilder no desconoce, siguiendo a Freud, la erogeneidad de partes del cuerpo que, luego, serán un estorbo para la consecución de la imagen corporal. Incluso, nos dice: “Las protuberancias del cuerpo pueden convertirse en símbolo del órgano sexual masculino. Las cavidades y entradas del cuerpo son, en gran medida, intercambiables. La vagina, el ano, la boca, los oídos y hasta las narinas pertenecen al mismo grupo” (p.150). Por otra parte, Schilder señala que “la unidad del cuerpo depende del desarrollo de las relaciones objetales plenas en el complejo de Edipo” (p. 151). Ambas referencias del autor nos permiten referirnos al ano como parte corporal problemática para el orden político-libidinal heteronormado. Butler nos ha ofrecido una lectura respecto al complejo de Edipo en su faz política. Sus ideas transforman un modelo de familia patriarcal históricamente condicionado en un rasgo de la condición humana universal. Tal esquema, que, bajo el adjetivo de edípico, pretende elevar al estatuto simbólico y necesario una configuración meramente imaginaria y contingente, instituye el sexo mediante la

amenaza de castigo. En la letra freudiana esta figura del castigo es nominada como castración. Butler denuncia cómo la asunción del sexo masculino se instala mediante el temor que la castración infunde. Esta fuerza obligatoria del castigo generizado, sin embargo, no guarda omnipotencia a la hora de cristalizar la concentración libidinal en partes corporales biopolíticamente trazadas y es prueba de ello la existencia de figuras no articuladas, por ejemplo, señala Butler, el marica feminizado como interrupción abyecta de la homosexualidad.

La exaltación del Falo en el contexto edípico sugiere que las formas abyectas que no logran consistencia mediante la imposición de tal esquema se articulan a partir de la erogeneización de zonas punibles: el ano. Al respecto, Paul Preciado (2009) se pregunta si Edipo tiene ano, y su interrogante inaugura un *anal-isis* teóricamente poco frecuentado y políticamente muy prometedor. A modo de un contradiscurso respecto de las narrativas edípicas, Preciado se enfoca en el ano y sus destinos para comprender cómo nos convertimos en hetero-humanos y homo-humanos. Extirpar del ano toda capacidad que no fuera excremental configuró parte fundamental de un diseño del cuerpo que instituye afueras y adentros, y delimita zonas de privilegio y zonas de abyección. El autor señala la necesidad de

Cerrar el ano para sublimar el deseo pansexual transformándolo en vínculo de sociabilidad. Cerrar el ano para que la energía sexual que podría fluir a través de él se convirtiera en honorable y sana camaradería varonil, ensocialidad. (...) Puesto a disposición de los poderes públicos, el ano fue cosido, cerrado, sellado (p. 136)

Al invocar el “origen de esta hazaña de la humanidad”, el propio Freud (1930) conjeturó una escena en la que dos hombres desnudos deben lidiar con la posibilidad de “un acto sexual con un varón, un goce de la potencia viril en la competencia homosexual” (p. 89). La renuncia a este placer y el ahogo del fuego de la propia excitación homosexual configuran la renuncia pulsional sobre la que se sostienen las conquistas culturales. Bajo estas claves, Preciado, entiende que, al ser relegado de la economía libidinal, el destino del ano como órgano sexual es condición para el privilegio de la masculinidad en el contexto del régimen heterosexual.

Guy Hocquenghem (2009) fue, tal vez, uno de los primeros en tematizar la homosexualidad bajo esta óptica. Al respecto, Preciado señala que su producción, por un lado, desarticula los discursos médicos, psiquiátricos y psicoanalíticos, y, por otro lado, sus enunciados parten del lugar de un marica que no oculta su condición de “escoria social” y “anormal”. Ambos aspectos hacen de su propuesta un caso de terrorismo textual. Me apropio de esta idea bajo el siguiente sentido: toda propuesta crítica cuyo grado de radicalidad guarda la capacidad y la potencialidad de subvertir los a priori fundamentales del campo epistémico de partida. Si, junto a Preciado, entendemos que “la heterosexualidad se presenta como un muro construido por la naturaleza, pero es solo un lenguaje: un amasijo de signos, sistemas de comunicación, técnicas coercitivas, ortopedias sociales y estilos corporales” (p. 140), entonces textualidad se torna terrorista cuando devela el carácter tenue de las categorías ofrecidas como naturales y ahistóricas. Thomas Laqueur (1994) señaló que “durante miles de años había sido un lugar común que las mujeres tenían los mismos genitales que los

hombres, a excepción de que (...) los suyos están en el interior del cuerpo y no en el exterior” (p. 21). Agrega que en este viejo modelo

Hombres y mujeres se ordenan según su grado de perfección metafísica, su calor vital, a lo largo de un eje de carácter masculino, dio paso a finales del siglo XVIII a un nuevo modelo de dimorfismo radical, de divergencias biológicas. Una anatomía y una fisiología de lo inconmensurable sustituyó a una metafísica de la jerarquía en la representación de la mujer en relación con el hombre (p. 24).

Este modelo de ‘sexo único’ que configuraba la narrativa sobre el cuerpo antes del S. XVIII encuentra su lugar en teorizaciones que llegan hasta el S. XX bajo premisas falocéntricas ya denunciadas por pensadoras como Luce Irigaray (2007). La compleja semantización del pene como único órgano sexual, elevado al estatuto de falo, permitió jerarquizar los cuerpos a partir de una versión plena y otra defectuosa. Ningún segmento del libro de Laqueur contiene una sospecha que permita interrogarse por los motivos históricos que hicieron del pene un órgano privilegiado a partir del cual se ordenan las diferencias aún al interior de un ‘sexo único’. Muchos menos aparece la sospecha de la forclusión del ano como posible parte del cuerpo a partir de la cual leer las corporalidades, o de cuáles serían las consecuencias para las diferencias que sostienen la organización sexo-genérica moderna la producción de un viraje hacia una primacía del ano como zona legítima de placer u órgano sexual.

La no irrupción del lugar del ano en el texto de Laqueur le quita potencia terrorista. Pero, la gesta de una textualidad terrorista dentro de las propias condiciones en que la textualidad misma se articula parece difícil. Después de todo, el propio Laqueur advierte que “las nociones previas de diferencia e identidad determinan lo que se ve y lo que se cuenta del cuerpo” (p. 50). Tal vez las claves terroristas —entendidas como las condiciones de subversión a nivel epistemológico— no debieran buscarse a nivel de la textualidad, sino, más bien, en un registro (des)articulado, justamente, donde lo simbólico tropieza. En esta línea, al menos desde mi punto de vista, Hocquenghem tematiza la potencia del *Deseo homosexual*. Una lectura apresurada de sus páginas podría llevarnos a superponer deseo homosexual con la homosexualidad como identidad taxonómica moderna. Si bien en la retórica del autor el deseo homosexual aparece vinculado a prácticas sexuales anales, y, por lo tanto, parece ser un atributo de varones homosexuales pasivos, en varios segmentos de producción el autor refiere al ano como un sitio que alegoriza una zona extremadamente abyecta cuyo carácter erógeno escapa a una total articulación dentro de los marcos de inteligibilidad con los que contamos. Esto es: un resto subyacente a la maquinaria social, cuya fuerza disruptiva no admite, incluso escapa, a la articulación de cualquier forma identitaria. En palabras de Hocquenghem:

La homosexualidad representa más bien el residuo de una maquinaria social bien experimentada (...) Es lo que subsiste de la inclasificable e inutilizable libido, lo no-sexual en relación con una sexualidad estrictamente definida. Bajo su forma deseosa, no tiene ningún sitio en el edificio social (p. 44).

Desde su punto de vista, un análisis pormenorizado del entramado social revela la presencia de tal deseo en toda institución. Tomando ideas de Deleuze y Guattari (1985) postula que las identificaciones edípicas no pueden dar forma de manera absoluta a la presencia del deseo en la maquinaria social. Incluso, en esta línea teórica, afirma que

La famosa sublimación de la homosexualidad como fundamento del funcionamiento de las grandes maquinarias sociales corresponde a esta opresión de lo molecular por lo molar. La homosexualidad latente, estimada por los psicoanalistas, corresponde a la opresión de la homosexualidad patente; y encontraremos la carga más grande de homosexualidad latente en las maquinarias sociales especialmente anti homosexuales: el ejército, la escuela, la Iglesia, el deporte, etcétera (p. 46).

Ahora bien, si el Logos y el Fallo se encuentran inextricablemente vinculados el interés epistemológico de reterritorializar el cuerpo bajo otras coordenadas nos reenvía a otro interés: el de descriptar el cuerpo de la Imagen que los principios de inteligibilidad falogocéntricos delinean. En esta búsqueda el ano se ofrece como una puerta de entrada —o de salida— o un punto donde las espacialidades del adentro y del afuera colisionan para dar lugar a otras topologías aún no imaginadas.

Cuerpo sin Imagen

Podemos pensar que bajo eso que en el contexto de este trabajo llamamos imagen corporal, es decir que bajo la proyección de esa imagen fija subyacen una variedad de inscripciones superpuestas, registro psíquico no reductible a la égida de la imagen que se vuelve protagonista en el estadio del espejo. ¿Podemos pensar en un registro corporal más allá de la imagen? Esto sería: ¿más allá de los esquemas imaginarios normativos que instalan el dimorfismo sexual, más allá del cuerpo bajo la forma que el yo, fálico, representa? El desafío es no caer en esencialismos. Entonces debemos lanzarnos en la búsqueda de un tipo de inscripción que no esté al margen de los arreglos de los arreglos sociohistóricos por donde circula el poder, es decir un sustrato no auto-engendrado, tampoco innato, y que muestre una maleabilidad, a modo de una beta subversiva, respecto la contundencia que la imagen normativa adquiere en la configuración yo/cuerpo. Cabe recordar que el objetivo es tornar al cuerpo un escenario donde la lógica de la diversidad pueda irrumpir. Esta búsqueda nos permite una inmersión en un problema donde el psicoanálisis tiene mucho que decir. Incluso devuelve pertinencia a la dimensión inconsciente, como un afluente que puede matizar el debate actual que transcurre bajo los términos esencialismo-construccionismo.

Si avanzamos en esta vía de localizar al cuerpo más allá de la imagen especular, de la esfera consciente del yo, podemos pensar en la posibilidad de otorgar agencia al cuerpo más

allá del sujeto, tal como lo entiende Foucault (2008). Autores contemporáneos como Mike Featherstone (2010) asignan al cuerpo un potencial para variar y así señalan la insuficiencia de pensar el cuerpo como una mera superficie a ser significada bajo matrices normativas fijas y estables. Afirman que el cuerpo es potencia, proceso y movimiento, algo que, incluso, va más allá de sí mismo, demostrando su carácter *ek-stático*, carácter que se encuentra en las antípodas del modo moderno de entender el cuerpo.

Esta concepción del cuerpo que se aleja de los sentidos que la modernidad adjudica a la imagen corporal, y abraza una idea de cuerpo ambiguo y abierto se vincula con un sujeto también ambiguo y abierto bastante alejado de la idea de yo al menos en el sentido del clásico ego voluntarista con su imagen corporal cerrada. Featherstone reivindica modos vivenciales en que el cuerpo irrumpe como apertura, más allá de la imagen que clausura sentidos. El autor señala cómo la imagen corporal parece hacer del cuerpo un objeto estático (a modo de una fotografía que oculta movimiento y despliegue corporal). Además, la imagen corporal enfatiza la visión y excluye otros sentidos que bien pueden operar de algún modo en registros de la norma social, constitutiva, de modos no tan inamovibles como la imagen visual.

En la misma línea, Brian Massumi (2002) contrasta la visión-espejo con la percepción movimiento. Esta última suspende al yo observador idéntico a sí mismo que toma como objeto a su cuerpo. La estructura sujeto-objeto, tan de cara a la lógica de la diferencia, que la visión-espejo alimenta se diluye cuando irrumpe el movimiento capaz de dislocar el modo espacial con que solemos aproximarnos al cuerpo. Massumi considera que es posible la transformación de la relación sujeto-objeto, dando lugar a un cuerpo sin imagen. Dejar a un lado la linealidad de la visión implicaría el cultivo de otros sentidos y sensibilidades corporales, de tal como que los ojos, en palabras de Massumi, son *reabsorbidos en la carne*.

Massumi afirma, incluso, que el cuerpo sin imagen implica el eclipse del sujeto moderno en la emoción y los afectos. Una suerte de visceralidad que sacude al cuerpo intensamente y nos enfrenta con la participación la carne no mediada por la imagen. Ahora *anal-icemos* esto y digamos que, el cuerpo sin imagen implica el eclipse del sujeto moderno en la lógica anal: una visceralidad que sacude al cuerpo intensamente y nos enfrenta con la participación la carne no mediada por la retórica falogocéntrica. No se trata de un nuevo lenguaje que redefina las relaciones entre poder, deseo y subjetividad ofreciendo una nueva imagen. Más bien lo anal debiera entenderse como un acicateo constante, una pura negatividad (Edelman, 2014).

El ano cobra importancia en esta propuesta, pues si bien refiere refiere a una parte del cuerpo concreta significada como abyecta en el entramado de la lógica fálica, pero también a una potencia disruptiva que excede esta zona, un carácter abyecto que, como nos ha enseñado Butler, bien podría desplazarse a otras zonas del cuerpo para instalar usos anti-normativos de zonas normativas. Incluso, imaginar una circulación erógena más allá del Falo puede conducirnos a la captura anal, por ejemplo, del pene. De hecho, señala Preciado: “los órganos (...) no reapropiables en la economía libidinal heterosexual son anales” (p. 172). El ano escapa a la retórica que fija los límites y las zonas en el entramado

de la diferencia sexual. El ano desestabiliza la lógica de las identificaciones fálicas que se consolidan en el Edipo. En la lógica anal no hay partición del mundo en dos. El ano, nos dice Preciado, es un órgano post-identitario.

Algunos autores han cuestionado la idea de que el ano no tenga género. Como Mabel Campagnoli (2015) ha detectado en su rigurosa y exquisita exégesis de la producción de Paul Preciado, el aporte de Javier Sáez y Sejo Carrascosa afirman que: "en el marco de la heteronormatividad las operaciones tecno corporales lo producirían [al ano] con determinado género según el uso" (Campagnoli, 2015, p. 69). Los autores afirman que:

En consecuencia, tal y como se ejerce la política anal hoy en día, dentro de un régimen heterocentrado y machista, el culo sí tiene género: si es penetrable, es femenino; si es impenetrable, es masculino. (...) Hoy en día, cuenta más el uso que se hace del culo (o el no uso) a la hora de definir la sexualidad, que los propios órganos genitales (Carrascosa y Sáez, 2011, p. 172, en Campagnoli, 2015, p. 69).

La idea de lógica anal nos ofrece coordenadas para perdernos en las imaginaciones que el ano recibe en la trama de la lógica fálica. Pues el ano en la lógica fálica sí tiene género. Como señalan los autores,

El culo es fundamental en la constitución del actual sistema de sexo-género, y es quien organiza y define las diferentes sexualidades (...). Por debajo del dispositivo que conocemos, que divide a los sujetos en hombres y en mujeres, y a las orientaciones sexuales en homosexuales, bisexuales y heterosexuales, existe otro dispositivo mucho más poderoso, basado en los usos del culo, que distribuye los sexos y los géneros (Sáez & Carrascosa, 2011, p. 173).

La diferencia de perspectivas parece gestarse en la duplicidad que ya irrumpe en la escritura de Hocquenghem. El deseo homosexual, por un lado, y la identidad homosexual por otro lado. En este último caso, podemos pensar, la eficacia de la operatividad de la lógica fálica en la configuración de una imagen del cuerpo en la que el ano tiene el lugar y la función señalada por Javier Sáez y Sejo Carrascosa. En el primer caso, se enfoca la potencia del ano de difuminar la imagen del cuerpo. Si, en esta vertiente, hablamos de lógica anal, "no se trata de hacer del ano un nuevo centro, sino de poner en marcha un proceso de desjerarquización y descentralización que haría de cualquier otro órgano, orificio o poro, un posible biopuerto anal. Se despliegan así un conjunto de prácticas irreductibles a la identidad masculina/femenina, homo/hetero" (Preciado, 2009, p. 171). Y es tal vez a estos aspectos del cuerpo inapropiados e inapropiables a los que Michel Foucault (2008b) se refería cuando afirmó que "el punto de reunión para el contrataque contra el despliegue de la sexualidad no debería ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres" (p. 157). ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de erotizar partes negadas en la economía libidinal fálica? Preciado nos exhorta:

¿Es el ano un órgano sexual? Primero descarta toda certeza anatómica, desconfía de las evidencias visuales y lingüísticas. Primera conclusión provisional: Algunos órganos gozan de un estatuto biopolítico privilegiado. Solo el pene aparece como un órgano sexual, siendo el ano y la vagina relegados a órganos excretores y gestadores respectivamente. Un pene que no copula, según esta definición, ¿puede seguir siendo considerado pene? Y un ano que copula, ¿debe considerarse pene, membrana o viscera hueca? (p. 149).

La denominada teoría *queer* antisocial (Bernini, 2015) es la que ofrece herramientas en la dirección de gestar claves bajo la lógica anal. Guy Hocquenghem configura, sino uno de sus posibles orígenes, un eslabón significativo en la genealogía de la corriente antisocial *queer*. De la mano del autor podemos pensar que, si el falo es social, el ano es antisocial. El carácter impersonal de la libido y el uso deseoso del ano constituyen elementos que aparecen en su propuesta para señalar cómo “la manifestación inmediata del deseo homosexual se opone a las relaciones de identidad, a los papeles necesarios que impone Edipo para garantizar la reproducción de la sociedad” (p. 83). Incluso Preciado atribuye a su escritura el carácter de “instrucciones para hacer funcionar un orificio anti-sistema instalado en todos y cada uno de los cuerpos: el ANO” (p. 148).

Leo Bersani (1995), por su parte, en su provocador artículo “¿Es el recto una tumba?”, indaga los sentidos abyectos construidos en torno al ano masculino. En el contexto heteronormativo, la sexualidad que involucra el ano carece de una finalidad social. Esto explica el impacto del SIDA en la comunidad homosexual. Los sentidos diseminados respecto a esta pandemia en términos de la estigmatización del ejercicio de una sexualidad no normativa contribuyeron a inyectar el sentido literal que hace del ano una tumba. La atribución de este sentido literal que el orden social mete en el ano de los homosexuales señala, en el mismo movimiento aquello que es preciso regular, clausurar. Bersani señala que en esta potencial amenaza al orden social radica un sentido previo a la literalidad que imprime el SIDA, el ano es una tumba como promesa de muerte y aniquilación del orden social.

A la idea de tumba entendida como potencialidad de muerte biológica, e individual, Bersani retoma el ano como tumba en tanto sitio donde se desarticulan identificaciones a partir del despliegue de lo más pulsional de la pulsión, un goce acéfalo que no reconoce ordenamiento vía representación, aquello que, en su carácter de real, escapa al carácter imaginario de las identidades. Esta dimensión pulsional que circula de manera hiperbólica en el ano como alegoría de lo abyecto, subyace como resto indeseado a todas las formas inteligibles al mismo tiempo que no reconoce orden social. Es el acicateo constante de lo no articulado de la pulsión lo que da consistencia a la lógica anal y su deconstrucción de las identificaciones que entretejen las identidades convencionales. Bersani nos dice:

¿Qué sucedería si dijéramos, por ejemplo, no ya que sea un error considerar el llamado sexo pasivo como “degradante”, sino más bien que *el valor de la sexualidad es precisamente degradar la seriedad de los esfuerzos aplicados a redimirla?* (...) si el recto es la tumba en la que es enterrado ese ideal masculino

de subjetividad orgullosa (...), entonces debería ser celebrado, precisamente, por ese potencial de muerte. Trágicamente, el sida ha transformado ese potencial en una certidumbre literal de muerte biológica, y ha reforzado, de este modo, la asociación heterosexual del sexo anal con una autoaniquilación, identificada en primer término con el misterio fantasmático de una insaciable e imparable sexualidad (p. 115).

Para ser exactos, la cita anterior finaliza con la expresión: “insaciable e imparable sexualidad femenina”. Pero si tenemos en cuenta que, justamente, lo femenino ha sido tomado por la teoría psicoanalítica como aquello que figura lo ilimitado del goce, Bersani propone la sexualidad que involucra el ano de gay como la alegoría que redobla la figurabilidad anterior. Finalmente interesa señalar las siguientes palabras del autor: “Puede que, al final, sea en el recto donde el gay destruye su propia identificación, de otro modo incontrolable, con ese juicio criminal formulado en su contra” (p. 115)

Hocquenghem también detecta este anudamiento entre defensa de la socialidad y lucha contra una enfermedad desterrada del abordaje en términos de salud pública e inscrita en el plano de la responsabilidad y la moral individual. Él nos dice:

Lo que encubre la sífilis es el temor fantasmal del contagio, del sordo progreso paralelo del microbio y de las fuerzas inconscientes de la libido; el homosexual transmite la sífilis como transmite la homosexualidad. Como en la ideología fascista, el sano y el degenerado se oponen en una lucha de la cual depende el destino de nuestra civilización (p. 43).

A modo de cierre... o de apertura

Si pensamos la diversidad como actitud epistemológica entramada por una lógica anal, y ya no fálica, podemos detectar la posibilidad de deslindar un cuerpo sin imagen acudiendo a la potencia subversiva de la erogeneidad. Los primeros latidos de esta perspectiva pueden rastrearse en el transcurso de los años '80 cuando teóricos y activistas maricas comenzaron a esgrimir críticas radicales a los fundamentos sexistas y heterocentros propios de la modernidad y a los modos de producción de subjetividad. Este *anal-isis* nos permite detectar la emergencia de cuerpo sin imagen en aquellos aspectos de la sexualidad que escapan a la regulación fálica.

Si hacemos rodar a Butler, Featherstone y Massumi por el camino esbozado bajo las claves de Hocquenghem, Bersani, Edelman y Preciado sería posible, tal vez, ensayar modos de agenciamiento individuales y colectivos que tomen la vía de la (contra)sexualidad para hacer lugar a la diversidad más allá de la diferencia en la (des)territorialización del cuerpo.

En esta vía, la posibilidad de aproximarnos a aspectos del cuerpo más acá/allá de la imagen supone, justamente, *queerizar* el cuerpo, en el sentido de pura negatividad propuesto por

Edelman. Potencia real que está contenida en el revés de todas las formas imaginarias. Escollo con el que toda identidad tropieza. Pulsión de muerte en Freud. Goce en Lacan.

Poner en primer plano el ano como objeto de reflexión supone enfrentar lo *im-propio* y lo *in-apropiado*. Se habla muy poco de él, y tal vez sea ese el motivo de que advenga como el ejemplo más apropiado para a la hora de dar cuenta del carácter mudo, insistente y acéfalo que esconde todo circuito pulsional, incluso aquellos abrigados bajo las formas de satisfacción sexual que han conseguido carta de ciudadanía en el ámbito social mediante identidades normativas.

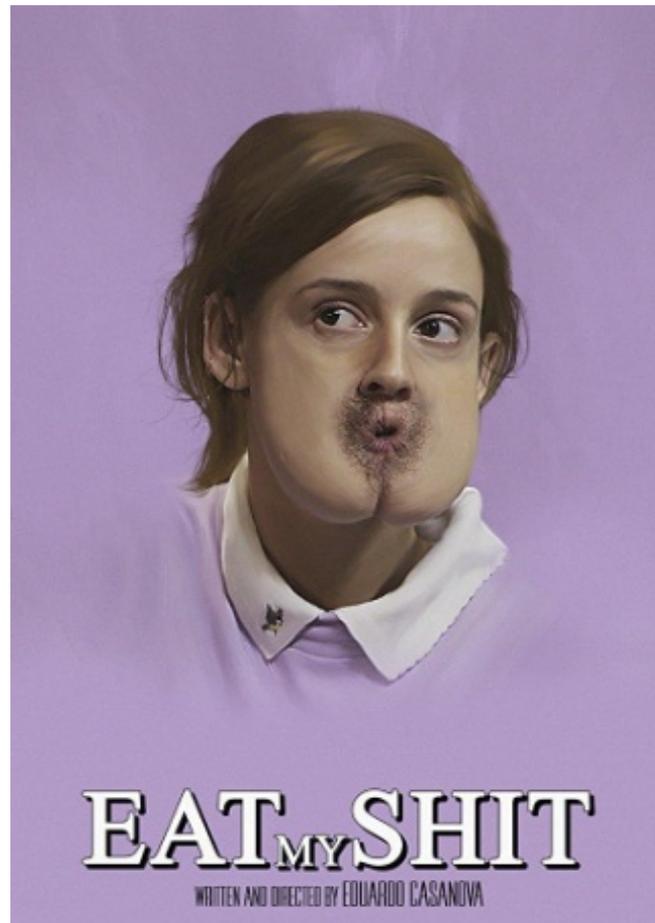
Una vez más prestemos atención a Preciado: “situado en la parte trasera e inferior del cuerpo, el ano (...) también las diferencias personalizadoras y privatizantes del rostro” (p. 171). A partir de aquí podríamos pensar las consecuencias de un desplazamiento, a nivel lógico, del ano hacia el rostro, *re-emplazándolo* en el lugar de su extremo opuesto: la boca. Si la boca abierta logra constituir un sujeto de enunciación, acorde a las normas de inteligibilidad discursiva, sólo a costa de que el culo permanezca cerrado, entonces una captura de la enunciación bajo la lógica anal puede ser un punto de inicio hacia la posibilidad de pensar nuevos marcos epistemológicos para vislumbrar nuevas (des)corporalidades, y uno de sus efectos, tal vez el primero y el más inofensivo, sea la incorrección teórica de abrir al *anal-isis* aquello que debe permanecer cerrado.

Referencia bibliográfica

- Beauvoir, S. de (1949/2007). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Bernini, L. (2015). *Apocalipsis queer: elementos de teoría antisocial*. Madrid: Barcelona (versión original publicada en 2013).
- Bersani, L. (1995). “¿Es el recto una tumba?”. En R. Llamas (Comp.). *Construyendo sidentidades: estudios desde el corazón de una pandemia*. Madrid: Siglo XXI.
- Butler J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós (versión original publicada en 1990).
- Butler, J. (2008). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós (versión original publicada en 1993).
- Campagnoli, M. (2015). *Articulaciones filosóficas entre biopolítica y género: a propósito de Beatriz Preciado (2000-2010)* (Tesis doctoral). Universidad Pablo de Olavide, Sevilla (España).
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós (versión original publicada en 1972).
- Edelman L. (2014). No al futuro: la teoría queer y la pulsión de muerte. Madrid: Egales (versión original publicada en 2004).
- Featherstone, M. (2010). Body, Image and Affect in Consumer Culture. En *Body&Society*, 16(1): 193–221.

- Femenías, M. L. (2016). “Dos paradigmas del cuerpo: En búsqueda de un locus para el “sujeto”. En *Labrys, Étudesféministes/estudios feministas*, janeiro/junho. Disponible en: http://www.labrys.net.br/labrys29/monde/mluisa.htm#_ftn1
- Fernández, A. M. (1992). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, J. (2003). “Los cuerpos del feminismo”. En D. Maffía (comp.). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Feminaria.
- Foucault, M. (2008a). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol 1*. México: Siglo XXI (versión original publicada en 1975).
- Foucault, M. (2008b). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI (versión original publicada en 1976).
- Freud, S. (1905/1979). “Tres ensayos de teoría sexual”. *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1979). “Introducción del narcisismo”. *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1979). “El yo y el ello”. *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hocquenghem, G. (2009). *El deseo homosexual*. Madrid: Melusina (versión original publicada en 1972).
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal (versión original publicada en 1974).
- Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal (versión original publicada en 1977).
- Lacan, J. (1988). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI (versión original publicada en 1966).
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra (versión original publicada en 1990).
- Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual*. Durham, NC: DukeUniversityPress.
- Preciado, B. (P.). (2009). “Terror anal”. En G. Hocquenghem. *El deseo homosexual*. Madrid: Melusina (versión original publicada en 2000).
- Sáez, J. & Carrascosa, S. (2011). *Por el culo. Políticas anales*. Madrid: Egales.
- Schilder, P. (1958). *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. Buenos Aires: Paidós.
- Stryker, S. (2006). “(De)Subjugated Knowledges. An Introduction to Transgender Studies”. En S. Stryker & S. Whittle (Eds.). *The Transgender Studies Reader*. New York: Routledge.

Anexo



Cartel de la Película *Eatmyshit* (2015).
Recuperado de <https://4.bp.blogspot.com/-PlellLw5Vuo/WI5ILV7BEul/AAAAAABEao/UaxZaf3MMNcPk2ARRONk4ID1mgUx33tFgCLcBGAs/s1600/cartel-eat-my-shit-eduardo-casanova.jpg>



Imagen de la película *Piel* (2017). Recuperado de https://ep01.epimg.net/cultura/imagenes/2017/06/08/actualidad/1496876098_338193_1496997214_noticiarelationadap_rincipal_normal_recorte1.jpg